



Campamento nocturno en las orillas del Río-Rojo.

VIAJE DEL ATLANTICO AL PACIFICO

(CAMINO DEL NOROESTE POR TIERRA);

POR EL VIZCONDE MILTON Y EL DOCTOR CHEADLE.

1862-1864.

Partida.—Originales.—De Quebec á Lacrosse.—Los wagones-dormitorios.—San Pablo.—San Antonio.—Saint-Cloud.—Sauk-Centro.—El perro Rover.

El 19 de junio de 1862, el vizconde Milton y el doctor Cheadle se embarcaron en el buque de hélice el *Anglo-Sajon*, que iba de Liverpool á Quebec. El día estaba sombrío y nebuloso, y al abandonar el buque el embarcadero, se puso á llover; los vientos eran contrarios y debían reinar toda la travesía. Algunos caracteres originales que ambos viajeros hallaron á bordo, contribuyeron á mantener su buen humor. Una señora de edad provecta, acometida de lo que pudiera llamarse *papofobia*, se lamentaba amargamente sobre la, en su concepto, culpable debilidad de la reina Victoria al recibir de Pio IX el obsequio de un armario; un irlandés impetuoso prorumpía á

cada paso en estrepitosas carcajadas; y un coronel canadiense que se obstinaba en considerarse deshonorado porque no había podido resistir el mareo, aseguraba que había perdido el respeto de sí mismo, que estaba avergonzado, y que jamás volvería á levantar la cabeza entre sus semejantes.

Otro encuentro mejor fue el de un compatriota, M. Treemiss, que también iba á cazar bisontes, y que se hizo su compañero desde entonces.

El buque llegó á Quebec el 2 de julio, y los viajeros solo se tomaron el tiempo necesario para admirar las gloriosas llanuras de Abraham; hecho esto, subieron el San Lorenzo, y luego el lago Ontario, hasta Toronto.

Desde Toronto, dicen los mismos, nos encaminamos sin pérdida de tiempo, al Río-Rojo.

Atravesando por ferrocarril Estrecho y Chicago,

llegamos á la Crosse, en el Estado de Wisconsin, á orillas del Misisipi.

En este largo trayecto tuvimos ocasión de conocer que los wagones-dormitorios son una invención maravillosa, y los utilizamos para no viajar apenas sino de noche. Estos wagones son iguales á los ordinarios de los caminos de hierro, y tienen, según la costumbre americana, un paso por el centro; pero están ocupados á un lado y otro por dos filas de alcobas de la misma construcción que las de un buque. El viajero se muda el vestido, se pone tranquilamente á dormir, y al día siguiente viene á despertarle un criado negro, para que llegue á tiempo á su destino. Se ha pasado una buena noche, las botas están perfectamente limpias, el lavabo en una de las estrechuras del wagon, y el viajero tiene la satisfacción de haber recorrido 2 ó 300 millas de un camino molesto, casi sin haberlo advertido. Una cortina separa las partes del wagon reservadas á las señoras, de las destinadas á los hombres. No obstante, ocurrió una vez que no hallando en este sino dos aposentos, Treemiss obtuvo el favor especial de ser admitido en el departamento de las mujeres, donde por lo regular no se recibe sino á los casados. Para hacerle sitio, dos damas y un caballero tuvieron la bondad de contentarse con una sola y misma cama: pero es verdad que era bastante espaciosa.

En una de las estaciones más abajo de Wisconsin tuvimos ocasión de encontrar un indio de piel roja, con su traje indígena. Llevaba una camisa de cuero, una manta sobre el hombro, y su rostro, en que se pintaban la audacia y la hermosura, estaba pintarrajeado de colorines. Apoyado en un árbol, fumaba magistrosamente en su pipa, sin moverse ni mostrar el menor interés hacia el tren que á su vista desfilaba.

En la Crosse, MM. Milton y Cheadle tomaron un vapor que subía el Misisipi, llamado por los indios el *Gran-Río*, pero que allí no es sino una corriente que apenas tiene 100 metros de ancho; y después de atravesar el lago Pepino, llegaron á San Pablo en la Minnesota.

Esta ciudad, capital del Estado á que da nombre, es la principal de las que se encuentran en la frontera de los Estados del Noroeste. Mas allá, los grupos de casas llamadas ciudades, disminuyen gradualmente, hasta no verse sino una choza ó un puesto avanzado en el desierto. Una de ellas, á donde nos conducía nuestro camino, aunque consistía en una sola casa sin habitantes, gozaba sin embargo del nombre de *Ciudad-Breckensidje*; otra, llamada *Ciudad-Salem*, no valía más que ella.

Un ferrocarril que se dirige al Oeste, conduce desde San Pablo á San Antonio; tiene 6 millas de extensión, y es la cabeza del gran camino del Pacífico

que debe llegar hasta la California, y que está ya trazado á lo lejos al través de las llanuras. Desde San Antonio, una diligencia conduce desde los establecimientos avanzados de Minnesota hasta Georgetown, sobre el Río-Rojo. Aquí esperamos un vapor que sale cada quince días para el fuerte Garry, en el distrito que toma su nombre de este río.

Pasamos la primera noche en Saint-Cloud, después de un camino de 70 millas, las más desagradables de cuantas habíamos recorrido.

El terreno se abría y se allanaba rápidamente, formando una serie de praderas sembradas de bosquillos de álamos del Canadá y de miserables encinas.

Recorrimos otras 70 millas de un país igual antes de llegar, la segunda noche desde nuestra salida de San Pablo, al pequeño establecimiento de Sauk-Centro, y nos quedaba aun media hora de día. Para aprovecharla tomamos nuestras escopetas, y fuimos á recorrer las lagunas inmediatas en busca de ánades, pero nada conseguimos, por falta de un perro. Al volver á nuestro albergue, nuestro huésped nos dijo que si hubiera sabido que nuestro intento era cazar, nos hubiera prestado su perro, perfectamente adiestrado, y con este motivo nos presentó su Rover, que tenía todas las trazas de ser ducho en su oficio. Su penetración y su docilidad nos complacieron de tal manera, que ofrecimos á su dueño 25 dólares (135 francos 50 céntimos). El hombre titubeó, porque aunque, según decía, se cuidaba poco del perro, creía que su mujer y su hermana no querían oír hablar de tal asunto.

Fue, pues, á inquirir la opinión de las dos mujeres acerca del particular; pero una tomó á Rover en brazos, y ambas, llorando á lágrima viva, declararon á porfía que nada podría separarlas de él. Vencidos en tal materia, nos alejamos teniendo casi por un crimen el haber pensado en privar á aquellas pobres mujeres aisladas, de uno de los pocos seres sobre quienes podían derramar el tesoro de su afecto.

No obstante, viéndonos próximos á partir, el hombre vino á buscarnos acompañado de Rover, y nos pidió nos lo llevásemos, porque había logrado persuadir á las mujeres de que accediesen á esta separación. Vacilamos; pero tales fueron sus instancias que á nuestra vez nos dejamos persuadir y le entregamos la cantidad ofrecida. El hombre se despidió entonces del perro como de uno de sus más queridos amigos, y nos suplicó repetidas veces que lo tratásemos bien.

Quince días después, aquella buena familia fue, como casi todos los blancos de esta parte de Minnesota, horriblemente asesinada por una invasión de Siux.

El Rio-Rojo.—George-town.—Viaje en canoa.—Caza.—Una tempestad.—El ozono.—Los ojos de oro.—El fuerte Garry.

Partimos en diligencia, y á medida que avanzábamos hacia el Oeste, las praderas se dilataban, los bosques altos eran mas escasos, y mas raras las habitaciones humanas. Los lados del camino abundaban en pollos y ánades. El conductor tenia la amabilidad de ponernos en disposición de cazar, siempre que se presentaba una ocasion favorable.

El tercer dia llegamos al Rio-Rojo, habiendo pasado la noche en el fuerte de Abercrombie, y el dia siguiente, 13 de julio, entramos en George-town, donde se detenia la diligencia. Por lo que respecta al vapor que nos proponíamos tomar para que nos llevase al fuerte Garry, no se le esperaba antes de algunos dias.

El establecimiento de George-town está cubierto al Norte y al Oeste por los corpulentos árboles que ciñen las orillas del rio; al Este y al Sur, la pradera tiene por límites el horizonte. Es una factoría fundada por la compañía de la bahía de Hudson, alrededor de la cual se han situado algunos colonos estraviados.

Allí se nos dijo que á causa de la poca profundidad del agua, era imposible saber cuándo llegaría el vapor, si es que llegaba á George-town; por lo cual resolvimos trasladarnos en canoas al fuerte Garry. Para ello es preciso atravesar 500 leguas de rio, y éste riega un pais inculto y desierto, sin mas pobladores que las tribus errantes de los Siux, los Chispeuays y los Assiniboines.

Despues de mucho regatear, concluimos por comprar á algunos mestizos dos canoas de corteza de abedul, una de las cuales estaba agujereada por tres balazos, y la otra, en pésimo estado, hacia agua. Tratamos tambien de procurarnos un guia, ya mestizo, ya indio, pero fue en vano. Los vagos rumores que anunciaban la probabilidad de que los Siux tomasen las armas, eran bastantes para intimidar á aquella gente.

Llevábamos pocas provisiones, porque creíamos que nuestro viaje no duraria mas que ocho ó diez dias, y sabíamos que á lo largo del rio encontraríamos muchos ánades; así, nos parecieron bastante unas veinte libras de harina y de pemmican; otras diez de carne salada de cerdo, un poco de grasa, yesca y pajuelas, una pequeña cantidad de té, sal, tabaco y muchas municiones. Una marmita de hoja de lata, una sarten, algunas mantas, un vestido impermeable para cada uno de nosotros, una hacha, una escopeta y un cuchillo de monte: hé aquí todo nuestro equipaje.

Al dia siguiente partimos solos. Milton y Rover

iban en la canoa mas pequeña, y Treemiss y Cheadle tripulaban la mayor. Desde el principio no fue muy hábilmente dirigida nuestra navegacion, pues éramos bastante inespertos en el manejo del remo.

Una canoa de corteza de abedul es tan leve en el agua, que basta una ráfaga de viento para hacerla volcar, y cuando éste es contrario, el remar es un trabajo tan lento como fatigoso. Pero al cabo de poco tiempo nuestros progresos eran notables. Milton tenia una larga práctica en este arte, y los otros dos habian dirigido muchas veces ligeras embarcaciones en el Isis el Cam (1).

Bajábamos, pues, bastante agradablemente, y remando á nuestro placer, merced á una corriente tranquila. El dia era caluroso y bello, por lo que buscábamos la sombra de los árboles que adornaban ambas orillas; nada interrumpia el silencio de los bosques sino el ruido de nuestros remos, los saltos de los peces ó los gritos de algun pájaro; la ardilla se solazaba brincando entre los árboles; el pico matizado golpeaba el tronco hueco, y posados sobre la copa mas alta de algun gigante seco del bosque, el águila y el halcon daban al viento sus ásperos y discordes chillidos. Aquí y allí, á lo largo de las orillas, se agrupaban en los matorrales bandadas de oropéndolas negras y doradas; el martin-pescador, de vistoso plumaje, revoloteaba al pasar; los ánades nadaban pacíficamente, y el pichon de larga cola de América se lanzaba como una flecha sobre la copa de los árboles. Al acercarse la noche, centenares de buhos gritaban en nuestro derredor; el *whip-poor-will* (azotan al pobre Gerónimo) nos hacia estremecer por la frecuencia y rapidez de sus chillidos; y el mas melancólico de todos los pájaros, el somormujo, hacia oír sus lúgubres lamentos á orillas de un lago vecino. Estas escenas y estos rumores salvajes, unidos á la estraña sensacion de la libertad y de la independencia absoluta en que nos hallábamos, nos encantaban profundamente.

Entre tanto, habíamos cazado todos los ánades que necesitábamos. Desembarcamos al ponerse el sol, y sacando nuestras canoas del agua, las pusimos á la sombra de los matorrales que rodeaban el rio al abrigo de las miradas de algun indio hostil ó errante, y luego acampamos durante la noche en la orilla de la pradera; antes de terminar nuestros preparativos, aquella cerró muy tenebrosa.

Nuestra inesperienza nos puso en un cruel conflicto, con motivo de la leña que era preciso cortar para nuestro fuego y nuestra cocina. No obstante, logramos desplumar y dividir nuestros ánades que

(1) El Isis pasa por cerca de Cirencester, y se reúne, mas arriba de Oxford, al Támesis, para formar este rio. El Cam baña la isla de Ely, y pasa por Cambridge.

fueron asados á la usanza india, sobre unos palos; y añadiendo un poco de té y algunas tortas de pan sin levadura, nos procuramos una espléndida comida; hecho esto, nos envolvimos en nuestras mantas, teniendo por techo la bóveda de los cielos, pues carecíamos de tienda; pero nuestro sueño no fue tan tranquilo como de costumbre, porque sufría la influencia de las relaciones que habíamos oido hacer de los matorrales de los Siux.

Una semana despues de nuestra salida de George-town nos asaltó por la noche sobre el rio, una furiosa tempestad; nos hallábamos, pues, en el centro de ésta. La atmósfera estaba cargada de electricidad, y á juzgar por el cambio de los vientos, el fluido eléctrico pasaba por nuestros cabellos y los erizaba. El olor del ozono era tan fuerte que nos hacia roncar, y nos movia á observar este fenómeno entre los otros mas terribles que caracterizaban la tempestad.

Intentamos tomar tierra inmediatamente, pero las sombras eran tan densas, que nos era imposible distinguir, para evitarlos, los puntos salientes y los árboles derribados que se amontonaban en la márgen, tan resbaladiza como escarpada. La impetuosidad de la corriente nos impelia contra estos obstáculos de un modo que nos hizo comprender que era preciso renunciar á nuestro objeto, si no queríamos anegarnos, ni ver rotos los bordajes de nuestras frágiles embarcaciones. Pocas esperanzas de salvacion nos quedaban, porque el rio era profundo.

Las horas se sucedieron unas á otras en tan crítica situacion. La tempestad seguía bramando con la misma furia, y la lluvia caía á torrentes. En vano buscábamos, llenos de zozobra, los primeros resplandores del dia, pues la noche nos parecia interminable. Las canoas iban llenándose poco á poco de agua, ésta casi nos llegaba al pecho, y las bordas apenas sobresalian del rio, y pronto dudamos que pudiesen flotar hasta la aurora.

El aire era frio y húmedo. En nuestro involuntario baño de asiento, la lluvia que en todos sentidos nos azotaba nos hacia temblar de pies á cabeza, nos rechinaban los dientes, y nuestras entumecidas manos apenas podian manejar los remos. Sin embargo, á pesar de la desesperacion que algunas veces nos inducia á abandonarnos á la casualidad, no nos atrevíamos á descansar un momento de nuestras fatigas, ni á cesar de atender á nuestro curso para evitar los puntos salientes y los peñascos de la orilla.

Ninguno de nosotros olvidará jamás los sufrimientos de aquella noche, y el inmenso consuelo que nos causó, no diré la primera claridad del dia, sino la primera disminucion de las tinieblas. Poco despues la tempestad fue aplacándose notablemente; pero la lluvia seguía cayendo á torrentes, cuando nos dimos prisa á aprovechar el alba para desembarcar en una

orilla fangosa, primer sitio practicable que descubrimos.

Despues de haber sacado á tierra tan arriba como nos fue posible las canoas, á fin de que la corriente, que iba subiendo, no pudiese arrastrarlas nos acurucamos en nuestras mantas que chorreaban agua, y en la estenuacion que nos habia producido el cansancio, caimos en un largo y profundo sueño.

Esta tempestad habia sido de las conocidas en el pais con el nombre de *tempestades-cinta*, es decir, las que tienen por surco la corriente de un rio. Estos fenómenos solo abarcan un espacio muy estrecho; pero se desarrollan con una espantosa violencia de destruccion.

Los viajeros habian agotado todas sus provisiones, y durante muchos dias vivieron en el rio de la pesca y la caza; un sollo de diez á doce libras hubo de bastarles para dos dias. De tiempo en tiempo se procuraban una especie de peces llamados *ojos de oro*; pero como ya no tenian anzuelos, los pescaban valiéndose de dos agujas, por cuyos agujeros hacian pasar el sedal, y á los cuales ataban el cebo.

Una noche, refieren MM. Milton y Cheadle, no tuvimos para cenar sino un par de *ojos de oro*. Al dia siguiente nos despertaron unos fuertes dolores de estómago, y lo pasamos casi entero en remar á sol descubierta, exánimes y muertos de hambre. Los ánades y otras aves de su especie habian desaparecido, y ningun ojo de oro se dejaba coger por nuestros cebos. Por colmo de desventura, sabíamos que nos era preciso andar por lo menos 150 millas, por lo cual nuestra única esperanza de no sucumbir al hambre se fundaba en la pronta llegada del vapor; porque debe tenerse presente que en todo el trayecto de las 450 millas que separan á George-town de Pembina, á 60 millas del fuerte de Garry, no hay la menor probabilidad de encontrar habitantes.

Al fin encontramos algunos ánades con los que atendimos á nuestro sustento; y despues de diez y seis dias de padecimientos, hallamos el vapor que nos llevó á Pembina, establecimiento de mestizos en la frontera que separa el territorio de los Estados Unidos del de la Nueva-Bretaña, y al dia siguiente, 7 de agosto, llegamos al fuerte de Garry.

El fuerte de Garry.—Es muy tarde para atravesar las Montañas Pedregosas antes del invierno.—Bucéfalo.—Nuestro equipaje.—Salimos del fuerte de Garry.—Fuerte de Elice.—Cómo se hace el pemmican.—El Saskatchewan meridional.—Llegada á Carlton.

El fuerte de Garry (hablamos del edificio, no de la colonia así generalmente llamada) está situado en la orilla izquierda ó setentrional del Assiniboine, algunos metros mas arriba del sitio en que éste desagua en el Rio-Rojo. Es de planta cuadrada, y sus muros altos y de piedra están flanqueados por torres

en cada ángulo. En su interior hay algunos edificios sólidos de madera, como la habitación del gobierno, la cárcel y los almacenes en que la compañía guarda sus mercancías y propiedades. La factoría, en la que se vende todo género de artículos, está desde la mañana hasta la noche atestado de colonos y mestizos, que allí se reúnen, tanto para bailotear y pagarse mutuamente sendas copas de rom y aguardiente, como para hacer compras.



Interior de un wagon dormitorio.

consiguiente, adelantar en el Oeste hasta algún punto de las inmediaciones del Saskatchewan, que les pareciese más conveniente y donde pudiesen pasar el invierno, estando siempre dispuestos á penetrar en las montañas en el próximo verano.

Habían conseguido asociarse cuatro mestizos franceses, Luis la Ronde, jefe y guía de la caravana, Juan Bautista Vital, reemplazado luego por un imbecil llamado Zear, Toussaint Voudrie, y Atanasio Bruneaux. La Ronde tenía fama de gran cazador, y se envanecía de haber acompañado al doctor Rae en algunos de sus extraordinarios viajes. Era un hombre

La colonia del Rio-Rojo se extiende mas allá del fuerte de Garry, á unas 20 leguas hácia el Norte, á lo largo del mismo, y á unas 50 hácia el Oeste, á lo largo de su afluente, el Assiniboine.

En dicho fuerte pasaron muy agradablemente los viajeros tres semanas; pero era preciso no adormecerse en las delicias de Cápua.

La estación era ya demasiado avanzada para atravesar las Montañas Pedregosas, y resolvieron por

bien formado; y aunque acerca de su sobriedad nos hizo cierta confesión un tanto alarmante, es lo cierto que de nada fue preciso reprenderle.

Nos habíamos procurado excelentes caballos de silla: el de Cheadle se llamaba *Bucéfalo*, y cuando empezó á servirse de él para recorrer la colonia, el animal le arrojaba contra todas las puertas, y luego se quedaba inmóvil como una roca; á parte de esto, tropezaba á cada paso. No obstante, Bucéfalo consiguió llevar nuestro equipaje por las montañas hasta la Colombia británica.

Nuestras provisiones eran pemmican, carne sala-

da, harina, sal, tabaco, rom, y muchas municiones; teníamos cobertores y trajes de bisonte, cuchillos, y mil juguetes para hacer cambios ó regalos. Todos estos efectos, y además una tienda de lona, llenaban seis de los pequeños y toscos carros de madera de que allí se hace uso. Es verdad que se rompen más fácilmente que si en ellos entrase el hierro; pero en des-

quite pueden componerse aun cuando no haya herreros ni forjas.

En cambio de nuestras botas y vestidos nos pusimos los del país, es decir, mocasinas y camisas de caza, hechas de piel de gamo ó de caribú. En cuanto á las armas, cada uno de nosotros llevaba una escopeta de dos cañones, un cuchillo de monte y un re-



Un cacique de la tribu de los Cries.

volver, al que no recurríamos sino en los pasos peligrosos.

En excelentes condiciones salimos el 23 de agosto del fuerte de Garry. Libres como el viento nos sentíamos al escoltar las carretas que llevaban todo lo que en América poseíamos. Además, teníamos algunos caballos de reserva, que trotaban á nuestra espalda tan naturalmente como Rover.

Ningun incidente notable nos ocurrió hasta llegar al fuerte Elice.

El gobernador de él, M. Mackay, nos dispensó una afectuosa hospitalidad, y nos procuró la distracción de una visita á los mestizos é indios, cuyas viviendas se elevaban en gran número alrededor del fuerte.

Los indios que visitaban el campo son los Cries, los Sauteux y los Assiniboines.